

El cuerpo sublime en Marx.

Garnica, Naim.

Cita:

Garnica, Naim (2011). *El cuerpo sublime en Marx. Congreso de Filosofía del NOA. Universidad Nacional de Catamarca Facultad de Humanidades, San Fernando del Valle de Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/naim.garnica11/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p30e/5D0>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL CUERPO SUBLIME EN MARX

GARNICA, Naím

UNCA

naim_garnica@hotmail.com

En el presente trabajo abordaremos en primer lugar, cómo el materialismo histórico se convierte en uno de los movimientos filosóficos más fértiles para el desarrollo de la estética. En segundo lugar, trataremos de dilucidar, a partir de la lectura que Terry Eagleton realiza en su obra la *Estética como Ideología* de Marx, el carácter eminentemente estético que la categoría de cuerpo adquiere en numerosos escritos de Karl Marx. Y por último, se tratará de demostrar que el cuerpo en el marxismo se podría entender desde una dimensión estética, a la cual llamaremos sublime, y que se vislumbra como liberadora y emancipadora en cierto rango político.

Materialismo histórico y estética: pensar al revés

Desde la tradición clásica de la estética hemos visto cómo “lo estético” es definido en un sentido formal o desde principios abstractivos. Todo el idealismo alemán a partir de Kant y los románticos, consideran el placer y el goce estético a través de categorías formales y vacías, en una especie de puritanismo de la razón que expulsa toda sensualidad de la representación estética y termina depositando “lo estético” en un fin moral que se encuentra en un más allá. Es ese idealismo avergonzado el que ha determinado la forma en que Occidente se relaciona con la sensibilidad. El punto de partida de esa cobardía es un pensamiento activo que se enmaraña en las redes de un sentimental empirismo, una forma tierna y suave de abordar al objeto sensible. La base idealista da por supuesto que la conciencia realiza un movimiento donde ésta y el objeto llegan a identificarse. El sujeto puede intuirse a sí mismo, objetivarse en términos de espontaneidad, esto es, la autoconciencia del sujeto como principio más alto de la filosofía, que se vuelve asequible a la intuición, a partir de la producción de productos empíricos, pero siempre partiendo de la imaginación y no de los sentidos, del cuerpo, o de la carne.

He aquí la antigua discusión del binomio entre forma y contenido, en la cual, queda atrapada la epistemología kantiana y romántica, pues la forma es externa al contenido en el ámbito del entendimiento, del cual parte y se apoya el idealismo, la forma como tal queda sin contenido en la moralidad, en esa “*soledad del deber ético*” (Eagleton, 2006) que la aleja del deseo. La razón práctica es un lugar impenetrable, es

la cosa en sí que el idealismo no quiere o no se anima a penetrar, ya sea por falta de virilidad o valentía, y que luego eleva como fin en sí mismo en el juicio estético.

La mezcla típicamente Occidental de concepto e intuición (forma y contenido), siempre propone el dominio del concepto, del lenguaje, de la razón por sobre la intuición sensible, indicando una distancia jerárquica entre sensación e intelección. Sin embargo, este discurso sería injusto, si no se mencionaran dos casos paradigmáticos que servirán para el posterior desarrollo de grandes pensadores estéticos (Nietzsche, Marx y Freud), como así también para interrumpir la continuidad de la estética clásica burguesa, a saber, Baumgarten y Hamann¹⁸⁸.

Estos dos últimos pensadores, constituyen una bisagra en la constitución epistemológica de la estética. Baumgarten propone una razón análoga a la razón teórica como *“ciencia del pensar en modo bello”* (Tarragona, 2009). Ésta es un conocimiento de carácter sensible con el mismo rango epistémico que el conocimiento científico-teórico, ocupándose de la perfección de la belleza. A partir de Baumgarten, podemos inferir que “lo estético” puede librarse de la tiranía de la razón lógica, pues construye una forma paralela de conocimiento que no se somete al vacío del concepto y de la forma que se presenta en el idealismo. Si bien Baumgarten separa la sensación y la intelección como dos formas de conocimiento distintas, su formación racionalista lo conduce a considerar que una es la medida de la otra, en una relación dicotómica, por ello dirá *“Las cosas y el pensamiento que (...) no tienen suficiente claridad intensiva, distinción, pureza y profundidad son oscuras según el intelecto, (pero pueden ser claras según la razón análoga)”* (Baumgarten, ¿año?). El impulso a la separación de este binomio sensación e intelección, materia y forma, particular y universal, concepto e intuición, se profundizará recién con la radical propuesta de Hamann. Es con *el mago del norte* que se presenta una fractura entre sensación e intelección, el rechazo a la abstracción y al purismo de la razón deja en evidencia un nuevo punto de partida para la estética. La preocupación por un lenguaje sensual en Hamann indica la ruptura con el pensamiento estético burgués, con ese clasicismo idealista que formaliza la sensación, y reduce la experiencia estética en un idealismo anti-sensualista o en un materialismo empirista. La teología de Hamann ofrece una nueva forma de considerar la sensibilidad, ahora el punto desde donde partimos es el cuerpo, al liberar al cuerpo del estorbo idealista iniciamos *“una revolución en el pensamiento que tenga su lugar arquimédico en el propio cuerpo que en una razón luchando por hacerse un hueco”* (Eagleton, 2006). Encontramos una continuidad de

¹⁸⁸ Si bien este último no tiene una evidente intención epistémica de delimitar una disciplina estrictamente hablando, pero contribuye a una demarcación y reivindicación de la particularidad sensible (estética).

esta postura estética recién con Marx, el cual considerará al cuerpo que trabaja como la fuente de la historia.

La revolución iniciada por Hamann será continuada por Marx, quien profundizará esta nueva base de apoyo, el cuerpo y la forma en la que, a partir de éste, se generan las ideas. Ya no es el cuerpo el que se incorpora a la razón, y esto sugiere girar el pensamiento en ciento ochenta grados, un nuevo comienzo ahora a partir del cuerpo, simplemente es como si pensáramos al revés. Es el mismísimo Marx quien sugiere que toda reflexión teórica debería ser comprendida como una práctica material, incluso en los *Manuscritos de economía y filosofía*, señala que, el elemento común del pensamiento “*el lenguaje, es de naturaleza sensible*” (MARX, 1995), se hace evidente en estas palabras el paralelo con Hamann. El lugar que Marx le otorga a la sensibilidad nos recuerda inevitablemente a la estética de Baumgarten, al considerar que la conciencia sensible es una ciencia verdadera y real, de allí que señala: “*la sensibilidad debe ser la base de toda ciencia*”. Para el autor de *El Capital* el desarrollo histórico coincide con el desenvolvimiento material, ya que “*la totalidad de la historia es una preparación (...) para que el hombre se convierta en el objeto de la conciencia sensible y para que las necesidades del Hombre como hombre lleguen a ser necesidades sensibles*” (MARX 1995).

Marx de ese modo se alza con la bandera que Baumgarten había levantado, pero con una pequeña modificación, ahora lo propiamente “estético” no cumple la función de complemento o prótesis de la razón que “renguea”, sino que la ha suplantado, es la sensibilidad la que sirve como eje de la historia. El materialismo histórico se esforzará en demostrar que la sociedad y la historia tendrían que pensarse de nuevo, y el quicio innovador es la preeminencia corporal, la materia que se zafa de la vulgaridad puritana del idealismo y que tampoco se puede reducir al burdo empirismo escéptico.

El cuerpo marxista como forma de liberación

Por lo general los análisis que se realizan de Marx en los que aparece la noción de cuerpo se limitan a una comparación entre éste y la sociedad capitalista. Marx ve la sociedad como si fuera un cuerpo en sentido metafórico. Incluso, se podría afirmar que el marxismo es como una narración de la historia de cómo el cuerpo humano se rebasa a sí mismo, abstrayendo su riqueza material hasta hacer de él una estadística, y a su vez, convierte el mundo en un órgano corpóreo.

Sin embargo, la intención aquí es realizar otra lectura de la noción de cuerpo que se presenta en Marx, de modo que podamos resaltar el carácter “estético” que

este concepto adquiere en los escritos marxistas. Por esta razón, el cuerpo será abordado desde lo político o lo práctico, que en Marx será sinónimo de “lo estético”. Asimismo, el objetivo es dejar en claro cómo los poderes del cuerpo se hostilizan ante cualquier represión que se intente, y es precisamente ese proceso de lucha, por parte de los poderes del cuerpo, que define una historia alternativa, anti-idealista y anti-burguesa, pues es la narrativa de cómo escapar, o liberarse del control histórico clásico.

La redención por parte de Marx de una ciencia de la sensibilidad - lo cual nos había llevado a vincularlo a Baumgarten y Hamann - señala cómo los sentidos forman parte constituyente de la estructura práctica de la humanidad. Los mismos no pueden reducirse al análisis racional, por cuyas leyes se aísla dicha región. La estructura sensible dentro del capitalismo ha sido reemplazada por la función abstractiva del “tener”, derivando en el extrañamiento del cuerpo, ello es lo que Marx quiere expresar con su noción de propiedad privada:

La propiedad privada no sabe hacer de la necesidad bruta necesidad humana; su idealismo es la fantasía, la arbitrariedad, el antojo. Ningún eunuco adula más bajamente a su déspota o trata con más infames medios de estimular su agotada capacidad de placer para granjearse más monedas, para hacer salir las aves de oro del bolsillo de sus prójimos cristianamente amados (MARX, 1995)

En el capitalismo, el cuerpo ha sido convertido en una parodia bufona y fachosa que se esfuerza por reducir la plenitud corporal a una simple y plana dimensión de la necesidad. Justamente, es el reino de la necesidad quien lleva adelante la inversión de impulsos por instintos que se vuelven repetitivos y monótonos, encarcelando al cuerpo en una especie de platonismo mecánico y abstracto. Esta situación se profundiza si tenemos en cuenta que no sólo es al trabajador al que se le confiscan los placeres, sino que también es al capitalista, aunque este último detenta una ventaja que la adquiere por vía del capital. Marx se expresa al respecto: *“todo lo que eres incapaz de hacer, tu dinero lo puede hacer por ti: puede ir a comer, beber, (...) puede apropiarse del arte, del conocimiento es capaz de hacer todas esas cosas por ti”* (MARX, 1995). Es decir que lo único que consigue el capitalista son placeres de segunda mano, precarios, anestesiados por un brutal ascetismo que se engaña con el despliegue de un inútil esteticismo de los productos, al cual llamamos dinero. La descripción de la categoría de dinero en Marx es análoga a la descripción del idealismo filosófico. En ambos, la identidad del sujeto y el objeto es una fantasía quimérica, la separación de

la vida entre cuerpo y alma, forma y contenido, abstracto y concreto, razón y sensibilidad, da cuenta de cómo los apetitos de la carne se entregan a una fascinación ilusoria de auto-identificación que nunca logran unificarse. La desmentida de tal situación es la meta del marxismo, restituyendo al cuerpo sus capacidades expropiadas; esa es la tarea liberadora del marxismo-socialista. La liberación apunta a emancipar los sentidos del despotismo abstracto, y restablecer la relación con el objeto sensible que posibilite la vivencia verdaderamente estética,

Esa realidad inmanente del objeto es puesta en evidencia solamente cuando aparece la humanidad; no puede valorarse sino cuando la actividad social del hombre - en tanto que especie viva cualitativamente distinta de todas las especies - crea no sólo un objeto para el sujeto, sino también un sujeto para el objeto (Marx, 1995).

El sujeto al que se hace referencia es el sujeto estético, que por intermedio del cultivo de lo sensible produce una centralidad del cuerpo, dice Marx

La riqueza objetivamente desarrollada del ser humano es, en parte cultivada, en parte creada, la riqueza de la sensibilidad humana subjetiva, un oído musical, un ojo para la belleza de la forma. En resumen, sólo así se cultivan o se crean sentidos capaces de goces humanos, sentidos que se afirman como fuerzas esenciales humanas (Marx, 1995).

La estructura sensorial del sujeto se conforma gracias a la existencia del objeto que lo afecta, a diferencia del idealismo burgués que suspende la distinción sujeto y objeto, el marxismo insiste en la consideración material del objeto, ya que la emancipación comienza desde la materia. La percepción para Marx se encuentra determinada por la existencia material del objeto, sin embargo, la estructura de la sensación logra su liberación en la realización de sí misma, en el sentido de la praxis política. La subjetividad corporal ubicada en la historia del desarrollo industrial capitalista se redefine como anti-kantiana, haciendo desaparecer el desinterés por el cuerpo y proponiéndolo como una utilidad práctica, insistiendo que aquí se entiende estéticamente. La utilidad de los objetos (cuerpo), su particularidad práctica, refiere a una apertura estética de lo particular *“no es el uso de un objeto lo que contradice su ser estético, sino esa abstracción suya que lo convierte en vacío receptáculo”* (Eagleton, 2006). Hablar de una identidad estética entre forma y contenido sólo sería posible, si desterráramos la ley abstracta que orienta el proceso capitalista de

producción y recuperáramos el placer corpóreo que se ha “convertido en un culto filosófico menor de la clase gobernante”. (Eagleton, 2006).

La propuesta de Marx para llevar a cabo esta práctica tiene lugar en el cuerpo, el cual, se realiza revolucionariamente frente a las abstractivas estructuras capitalistas, abandonando su ser idéntico a sí mismo y balanceando sus deseos y capacidades corporales junto a los demás. Por ello, el modo de realización en el que no quede todo ni confiscado por la razón, ni limitado por un grosero apetito, será un modo práctico, político, donde se ocultan las verdaderas “necesidades y capacidades del cuerpo productivo” (Eagleton, 2006).

El proceso de emancipación se producirá cuando se superé la dislocación entre abstracto y concreto (materia y forma), es decir cuando se comprenda que la experiencia estética hace pie en el siguiente dictamen de Marx “el principio material es [...] idéntico al principio material” (MARX, 1995). De esa forma, podemos afirmar que la emancipación de la sociedad se presenta estéticamente, en una fusión entre forma y contenido, pues “la forma no tiene valor a no ser que sea la forma de su contenido” (Eagleton, 2006).

Revolución y estética: el sublime marxista

La superación del estado capitalista exige la supresión de una sociedad dividida en clases, para ello se requiere una radicalización de la revolución que no se inscriba en los límites de las antiguas revoluciones burguesas, sino que pueda exceder esas fronteras a través de las fuerzas de trabajo que los obreros llevan adelante. Transgredir ese orden supone iniciar una revolución de carácter estético, en la cual, la adhesión al movimiento revolucionario se presente por medio de la sensibilidad.

Marx en este sentido introduce una distinción en el concepto de revolución, por un lado, se hallan las revoluciones burguesas de carácter representacional, formales, donde se reduce el significado al significante en una artificialidad que oculta la escasez del contenido social que debería tener, tal como lo describe en el *18 brumario de Luis Bonaparte*. El aspecto formalista de las revoluciones burguesas las convierte para Marx en simples parodias, teatralidades, una mera puesta en escena que desarticula la relación entre la forma y el contenido de la misma. Por otro lado, se encuentran las revoluciones del proletariado, en las cuales podemos encontrar una revolución que sobrepasa su propia retórica, pues como dice Marx al respecto “aquí el contenido desborda la frase” (Marx, 1995) es decir, que la revolución social es irrepresentable racionalmente, pero “representable” en términos estéticos, ya que la misma rebasa toda forma, la sobrepasa monstruosamente, es amorfa, o más precisamente sublime.

El proceso emancipatorio del marxismo desafía la representación, su posible uso es imaginativamente imposible de determinar, no hay modo de comprender, ni de anticipar hacia donde se dirigirán las capacidades emancipadoras de los sujetos en el futuro socialista, y es justamente esa limitación para encontrar una forma de representación lo que señala su aspecto sublime. La revolución social rompen con los mecanismos representativos de la sociedad burguesa como lo es el valor de cambio, ella rechaza toda representación estandarizada, pues trata de fusionar esa originaria unidad entre forma y contenido, conquistar la forma por intermedio de la materia. La condición sublime en el marxismo sería entonces, cierta fusión entre un proceso con la capacidad expansible infinita de lo sublime que lleve su a su vez su propia ley en el interior.

En conclusión, Marx verá en lo sublime una metáfora de lo colosal, lo desmedido, de la imposición de lo grande, precisamente por esta razón es que lo sublime se encuentra en eso que llama fuerza de trabajo, aunque noción metafísica que designa lo que no está determinado, se transforma a esta noción en lo que Marx denomina como sublime, en este concepto en definitiva descansa el carácter revolucionario de su teoría. La manifestación de lo sublime se vincula con el fondo indómito y libertario de los individuos y de los pueblos, tiene que ver con lo prometeico, con esas colosales formas sensibles del cuerpo, y que se realizan según Marx de forma estética.

BIBLIOGRAFÍA

Eagleton, Terry.: *La estética como ideología*. Trotta, Madrid 2006.

Bowie A: *Estética y subjetividad*. Visor. Madrid 1999.

Marx, Karl. 18 Brumario de Luis Bonaparte. Pluma y papel ediciones. Argentina, 2003.

Textos de la cátedra de Estética de la Universidad Nacional de Catamarca, Profesor Horacio Tarragona.

Marx, Karl. Manuscritos económicos y filosóficos. Alianza, Madrid, 1995.